



MORUENA ESTRÍNGANA

ROMEO

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, ----- 2019

© 2019 ----
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[H1](#)

[h2](#)

[h3](#)

[h4](#)

A mi marido y a mi hijo, os quiero.

Prólogo

Romeo

Me fijo en la pelirroja que mira angustiada el panel de anuncios de la universidad como si este tuviera las respuestas a todo. Me encuentro cerca y por eso puedo apreciar el color aguamarina de sus ojos y como frunce su pequeña naricilla llena de pecas cuando no encuentra lo que busca.

Es preciosa.

El aire se mueve a nuestro alrededor y me llega su perfume, un aroma que me recuerda a las galletas de vainilla.

Debería irme, no estar aquí como un idiota mirándola...

Estoy pensando hacerlo cuando se gira y sus ojos atrapan los míos.

Me sonrío y sé que estoy perdido.

—Hola... ¿Estudias aquí?

—No, pero mi her... amigo —pronto recuerdo que nadie sabe que Owen y yo somos hermanos— sí... Por eso paso mucho tiempo por aquí —le respondo algo cortado.

No se me da bien hablar con la gente. Por norma general es Owen el que hace amigos. Owen es mi mellizo, aunque a día de hoy él no sabe nada. Si callo este secreto, es porque sé que el que se hace pasar por su padre me mandaría lejos y eso me separaría de la única persona que quiero en toda mi vida.

—¿Y sabes de algún lugar donde pueda vivir? Me han dejado tirada y no sé dónde puedo pasar la noche.

De verdad parece muy perdida. Pienso qué decirle... Odio no encontrar las palabras adecuadas. Parezco tonto.

—¡Hola, Romeo! —me saluda Owen sonriente a mi lado—. ¿Quién es esta joven tan bonita? Soy Owen —se presenta sin esperar a que hable.

—Iris.

—¿En qué puedo ayudarte? Pareces perdida. —Iris se lo cuenta y Owen despliega todo su encanto. Ese del que yo carezco—. Tranquila, te ayudaré.

Iris lo mira esperanzada y, antes de seguir a mi hermano, me mira para darme las gracias.

Los veo irse mientras hablan entre ellos como si hacerlo no costara nada. Debo ser la única persona sobre la Tierra a la que le cuesta mantener una conversación normal.

Cuadro los hombros y me marchó.

Tal vez no la vuelva a ver, aunque sé que no la olvidaré.

Y así es... No puedo olvidarme de Iris.

Cuanto más la conozco, más me enamoro de ella, y ella más de mi hermano.

Veó como su noviazgo empieza y como esto hace que me aleje por primera vez de Owen, porque duele mucho verlo con la mujer que quiero.

Cuando se escapan para casarse, conmigo como testigo, me hago la promesa de olvidarla... de olvidarme para siempre de la mujer de mi hermano.

Y juro que haré lo posible para no amarla más, aunque para eso tenga que alejarme de ella para siempre.

Capítulo 1

Iris

—¿Estás segura? —me pregunta mi amigo Fermín al teléfono.

Antes trabajaba conmigo, pero, tras presentar una demanda contra nuestro jefe por un despido improcedente, no es muy querido en la empresa donde ahora estoy.

—Sí, claro. Voy a investigar para probar que tú no hiciste nada y aclarar todo esto.

—Yo no he hecho nada malo... Gracias por creerme.

—Yo llevo las cuentas. Si hubiera algo raro, lo hubiera notado. Tranquilo, revisaré todo y probaré que tú no robaste ese dinero. Algo se nos ha escapado.

—Yo creo que me despidieron porque empecé a ojear los archivos cuando la empresa tenía intención de hacer un estudio de mercado para ver dónde podía mejorar o qué debían cambiar, ya que antes les iba bien y ahora no. Fue ahí cuando me despidieron e inventaron que lo hacía porque me habían pillado robando dinero de la empresa, cuando, como sabes, de eso no hay pruebas y por eso los he denunciado. Creo que esconden algo gordo, Iris, pero, si lo investigas, tal vez seas la siguiente en ir a la calle. Quizás lo mejor sea que lo dejemos aquí.

Conozco a Fermín desde hace cinco años, lo suficiente para saber que él no haría nada de lo que lo acusan. Es de fiar.

Llevo diez años en la empresa, llevando las cuentas, y sé que mi jefe más de una vez ha despedido a empleados porque sí y sin pruebas contundentes. Siempre he callado, hasta que ha llegado el despido de Fermín y me he cansado de quedarme impasible. Si es inocente, quiero ayudarlo.

Cada uno debe pagar por sus propios errores; y la empresa, desde que ha entrado a trabajar el hijo de mi je-

fe, va a peor. No paran de perder clientes y están tan nerviosos que seguro que los errores los cometen ellos mismos.

—No me voy a echar atrás.

—Gracias. Confío en ti. Mantenme informado de todo.

Empiezo a investigar aprovechando que mi jefe piensa que soy alguien de confianza. Investigo en todos los archivadores sin que me presten atención. Así ha sido siempre y, por una vez, hasta me viene bien.

Empiezo por los primeros archivos, para hacerme una idea del estado de la empresa cuando yo no estaba aquí.

Estoy inmersa en la lectura sin ver nada raro, hasta que me llama la atención unos números que no cuadran y un nombre que me suena de algo, pero no sé bien de qué. Me meto en el ordenador central y empiezo a investigar usando mis claves, y es cuando doy con todo. De lo grave que es, me empiezan a temblar las piernas, pero, con rapidez, hago capturas de pantalla y copio los archivos, que me envío a mi correo.

Cuando tengo todo lo necesario recojo mis cosas, y es cuando la puerta se abre.

—¿Qué haces aquí? —Alzo la mirada y veo al hijo de mi jefe en la puerta.

—Nada... Mirando unos archivos.

Trato de taparlos y que no vea lo que he descubierto, pero es tarde, porque coge mis notas olvidadas y las lee.

—¿Qué es esto? —me interroga rojo de ira, agarrándome con fuerza el brazo.

—Tú lo sabrás mejor que nadie —le digo, desafiante.

—¿Quién más lo sabe? —me pregunta con la voz dura.

—No te lo voy a decir...

Trato de cogerme el móvil, pero no lo dejo. Forcejeamos por mi móvil hasta que cae al suelo, haciendo que la pantalla del cristal se rompa.

—Vamos a hablar con mi padre —dice cogiéndome del brazo.

Lo empujo y, tras coger mi móvil, salgo corriendo de la sala.

Ha llegado el momento de irse.

Cuando llego a la planta baja el de seguridad me está esperando. Por eso he usado las escaleras, para comprobar si uno de los matones de mi jefe me esperaba en la puerta.

Me mezclo entre la gente que entra y sale del edificio, y me voy hacia la parte trasera; esa que nadie usa.

Enciendo el móvil de camino a mi coche y veo que funciona.

—Fermín, lo he encontrado. Es muy fuerte... Tengo miedo.

—Tranquila. Escóndete hasta mi juicio...

—Eso haré.

Llego hasta mi coche y entro con manos temblorosas. Lo pongo en marcha y pienso a dónde ir, dónde esconderme hasta el juicio que tendrá lugar en menos de un mes.

Estoy tratando de contener el llanto cuando el ruido de un claxon me sobresalta. Miro por el espejo retrovisor y veo un coche negro detrás de mí. No le doy importancia hasta que, al cambiar de carril, me sigue. No logro quitármelo de encima hasta que tomo un atajo y este acelera para chocarse con mi coche.

Impacto contra los airbags y contengo la respiración.

¿Saldré de esta? Ahora mismo no me puedo mover y temo que quien me ha hecho esto vuelva para rematar la faena... porque no tengo ninguna duda de que no ha sido un accidente.

Capítulo 2

Romeo

—¿Y qué vas a cenar, tío? —me pregunta mi sobrina Delia al teléfono.

—Una succulenta cena caliente...

—Mientes, seguro que un poco de pan duro con lo que pilles por ahí. —Me río de que Delia, mi pequeña sobrina de diez años, me conozca tan bien—. Tienes que cuidarte.

—Lo hago, pequeña. No te preocupes más por este grandullón.

—Si no lo hago yo, nadie lo hará.

—Tu padre me cuida.

—Ya. Más bien tú le salvas el culo a él siempre —indica con cariño al hablar de su padre.

—Es nuestro trato. Él es la cabeza y yo el músculo.

—Tú también eres la cabeza. Eres muy listo.

—Que lo diga alguien con tu coeficiente intelectual me enternece.

—A ti no te enternece nada —me pica—. Salvo yo y... toda la vida que ves pasar sin hacer nada.

—¿Qué años tienes? Pareces una adulta en el cuerpo de una enana.

—Qué gracioso... ¿Me he pasado? —me pregunta, demostrando la inseguridad que tiene por haber dado con personas malas en su vida que le han dado de lado por no comprenderla.

—No, conmigo puedes pasarte todo lo que quieras.

—¿Te veré pronto?

—Seguro que sí.

—Cuidate, tío.

—Y tú, pequeña, y nada de chicos hasta los treinta.

—Te lo prometo. Paso de hombres.

Dejo el móvil sobre la mesa de mi piso, uno de los que tengo y que uso según donde tenga el trabajo.

Miro la cocina, sabiendo de antemano que no tengo nada. Lo de ir a comprar no se me da muy bien; cuando lo hago, no calculo bien las cantidades y me quedo corto, por eso siempre que puedo como y cenó fuera de casa, en bares pequeños de esos en los que da la sensación de estar en el hogar. Ya tengo varios a los que soy asiduo.

Estoy pensando en ir a uno de ellos cuando el timbre de la puerta suena. Me extraña que alguien me busque, por eso dejo que se vaya sin comprobar ni siquiera quién es. Lo hago hasta que insisten con timbrazos y golpes en la puerta.

Me pongo alerta.

Voy hacia la puerta y echo un vistazo por la mirilla. Cuando veo a Iris tras ella, y en lo que parece un estado de pánico, me falta tiempo para abrirle.

La puerta se abre del todo e Iris me mira un segundo antes de abrazarme con fuerza. Está temblando y yo no hago nada salvo esperar a que se recupere.

No soy dado a los abrazos; más bien, hasta que Delia no llegó a mi vida hace ya unos años, cuando mi hermano mellizo Owen la adoptó junto con su mujer Lilliam, no había recibido nunca uno sincero.

Me siento tonto con los brazos a los lados mientras ella llora sobre mi pecho, más aún porque me muero por estrecharla entre mis brazos desde hace años; cosa que no haré nunca, ya que no deja de ser la exmujer de mi hermano. Su primera mujer antes de casarse con Lilliam.

Owen e Iris se casaron en la universidad y, cuando Iris vio que esa unión estaba pasando factura a Owen, le propuso un trato: separarse para regresar años más tarde, tiempo suficiente para comprobar si era ese su momento para estar juntos. Cada uno podía hacer su vida e incluso romper el trato. Entonces, a punto de reaparecer Iris en la vida de Owen, este se enamoró y tuvo que elegir. A final no le quedó más remedio que aceptar que, aunque quería a Iris y siempre lo haría, no la amaba.

Rompió con ella y se casó con Lilliam. Adoptaron a Delia, que vivía en un orfanato como le ocurrió a Lilliam en su infancia.

Debido a su experiencia, Lilliam acudía a su orfanato para ofrecerles a los niños algo de alegría, y allí fue donde conoció a la pequeña. La quería como a su propia hija y, al final, formaron su propia familia con Owen.

Y ahora... Ahora la que fue mi cuñada está aquí, entre mis brazos...

—¿Qué ha pasado?

—Alguien quiere matarme —dice apartándose y separándose un poco. Me recorre un escalofrío mientras la veo alejarse—. Necesito que me protejas, quiero contratarte.

La miro impactado por sus palabras y pensando en cómo voy a salir de esta sin que ella corra peligro. Tengo claro que no puedo ser su guardaespaldas porque, de hacerlo, no puedo garantizar que no afloren nuevamente en mí los sentimientos que una vez albergué por ella y que espero sigan enterrados.

Capítulo 3

Iris

—Entonces te persiguen —comenta Romeo, tendiéndome un vaso de ron.

—No bebo.

—Pues no tengo otra cosa...

—¿Tampoco agua?

—Creo que de eso sí.

Romeo se va hacia la cocina. Observo su piso. Es frío y carente de vida. Es como si no viviera nadie en él. Conocía la dirección por Owen, que, al saber que su hermano tenía un piso en la ciudad donde yo vivo, me dio su dirección por si necesitaba algo.

Nunca esperé que lo que necesitara fuera que me protegiera.

Tras el accidente, un camionero que pasaba por allí paró cerca y fue quien me ayudó. La policía llegó enseguida, eso sí, el coche que había provocado el accidente se dio a la fuga en cuanto vio que el camión paraba.

Les conté como era el coche y, tras hacerme una revisión completa para comprobar que no tenía nada grave, me dejaron marchar.

Cogí un taxi y di la dirección de Romeo sabiendo que solo él podría ayudarme.

Hacía tiempo que no lo veía, desde que me divorcié de Owen. Ahora sé que es su hermano mellizo, pues, poco antes del divorcio, el odioso padre de Owen le contó la verdad. Su intención era hacerle daño, pero no lo logró. Romeo y Owen siempre han sido uña y carne, y ahora más que nunca al saber que son mellizos.

El padre de Owen, bueno, el que creía que era su padre, siempre ha sido un hombre amargado que se creía superior porque su *pub* era el más importante de la ciudad,

además de reportarle mucho dinero. Hasta que Owen, solo para fastidiar a su progenitor, le hizo la competencia.

Siempre han tratado de pisarse el uno al otro.

Owen no era capaz de avanzar sin su deseo de demostrar que podía ser mejor, hasta que una noche su padre quemó su negocio y este, mientras veía que lo perdía todo, se dio cuenta de que en verdad el *pub* no era su vida.

Su padre pagó por todo y Owen al fin dejó de querer demostrarle nada.

Que le contara la verdad, que en realidad era su tío y lo odiaba porque no había podido lograr que fuera su sombra, no afectó ni a Owen ni a Romeo. Los unió todavía más mientras ambos dejaban el pasado atrás y a unos padres que nunca los habían querido.

Se tenían el uno al otro, y ahora Owen, también una familia a la que quería cuidar. Lilliam y Delia eran toda su vida, junto a su hermano mellizo.

Conozco a Romeo desde hace muchos años, pero él siempre ha mantenido las distancias conmigo. Una parte de mí siempre ha pensado que no le caía bien.

Recuerdo en la universidad la de veces que intentaba que me mirara, que me hablara, o como al principio de conocerlos a los dos no podía dejar de seguir los pasos de Romeo, hasta que me sentí tonta por como me ignoraba.

Me sentía atraída por él, pero, como toda atracción, se apaga si no se mantiene.

No he debido abrazarlo. Lo he incomodado. Se ha notado porque se ha mantenido firme, recto y sin participar en el gesto de cariño.

Lo he hecho porque estoy aterrada y, ya que tengo a mi familia muy lejos, él ha sido la primera cara conocida que he visto.

—Ten —me dice dándome un vaso de agua fresca.

Estamos en invierno y no era lo que más me apetecía. La prefería del tiempo, pero por no incomodarlo más la cojo y le doy las gracias.

—Bien, ahora cuéntame quién quiere hacerte daño y por qué.